



LA GUERRA PENINSULAR DE 1808: DEL ENTUSIASMO A LA FRUSTRACIÓN

Andrés CASINELLO PÉREZ¹

El levantamiento contra los franceses

A Sí llama Toreno a la fase inicial, porque revolución supondría el intento de ruptura de un poder establecido contra el que luchar. Los que se levantan lo hacen para seguir, no para romper. Yo soy el rey, parecen gritar, yo soy Fernando VII, no otro poder distinto, aunque cada uno grite en su ciudad y el espectáculo conjunto nos dé la impresión de caos; es más: aunque lo sea.

Pese a algunos incidentes menores, controlados por las autoridades, los españoles parecían no ver lo que desfilaba ante sus ojos: el paso continuo de los ejércitos franceses, la ocupación de nuestras fortalezas, el aldobonazo terrible del 2 de Mayo madrileño. Hay como una esperanza desesperada en que todo acabe con Napoleón reintegrando a Fernando en el trono. En ese marco se producen las abdicaciones de Bayona.

¿Qué hacer? Lo lógico y lo razonable hubiera sido abstenerse, no llevarle la contraria a lo dispuesto por Fernando y Carlos y acatar al rey José. Es lo que hizo el consejo de Castilla, las chancillerías, la nobleza en la que se miraban los ciudadanos, los capitanes generales y todos los acostumbrados a hacerse obedecer y a la obediencia. Hubo que inventarse la imagen del pobre rey prisionero, forzado en sus decisiones, deseado, para levantarse contra lo que él mismo había dispuesto. Y eso en una época en la que los deseos del rey no admitían discusión alguna.

¿Quiénes son los que se levantan? No hay caudillos. Son un maestro sillerero en La Coruña, un comerciante trapacero en Sevilla, un fraile en

¹ Teniente General del Ejército de Tierra.

Valencia... Pero ese movimiento, lo que hace en sus primeros pasos es romper la estructura de poder: asesina o depone y encarcela a las autoridades militares que entonces encarnaban todo el poder del Estado.

Es un levantamiento airado, periférico, inconexo y acéfalo. El Centro lo dominan los franceses, además de Barcelona, y donde estos dominan no hay aventura revolucionaria. Tampoco hay conexiones entre unos y otros, porque la llegada de alguien que cuenta lo sucedido en su ciudad no puede reputarse como ejemplo de coordinación de esfuerzos, ni hay constancia alguna de planes comunes, ni la historia ha dejado rastro de ninguna conspiración previa. También carece de una dirección conocida; es el pueblo, agavillado, amotinado, el que fuerza a las autoridades a acceder al reconocimiento de Fernando VII y a proceder a la formación de un ejército propio. Después, cuando aparezcan las juntas soberanas de cada ciudad, provincia o reino, serán los de siempre los que asuman la dirección del movimiento: la nobleza y la alta burguesía.

Esa deposición o asesinato de quienes ejercían el mando militar debe ser resaltada. Ya no hay rey que ejerza el poder absoluto y el mando supremo de los ejércitos, ni junta en Madrid que le represente, mientras que el ministro de la Guerra, O'Farril, se decanta por el bando afrancesado. Hay anarquía. Las juntas eligen a quienes quieren para que manden a sus ejércitos, sin poder dilucidarse los criterios adoptados para su elección, que rara vez coincide con el más experimentado en la guerra de los generales disponibles. Además esas juntas van a ser generosas a la hora de conceder ascensos y empleos a sus preferidos (11 ascensos a Teniente General concedió la junta de Asturias).

Sobre esa anarquía se pronuncia Toreno²: *«Fue muy útil que en el primer ardor de la insurrección se formase en cada Provincia una Junta separada. Esta especie de gobierno federativo, mortal en tiempos tranquilos para España, como nación contigua por tierra y mar a estados poderosos dobló entonces y aún multiplicó sus medios y recursos; excitó una emulación hasta cierto punto saludable, y sobre todo evitó que los manejos del extranjero, valiéndose de flaquezas y villanías de algunos, barrenase sordamente la causa sagrada de la Patria. Un Gobierno Central y único, antes de que la revolución hubiese echado raíces, más fácilmente se hubiera doblegado a pérfidas insinuaciones, o su constancia hubiera con mayor prontitud cedido a los primeros reveses. Autoridades desparramadas como las de las Juntas, ni ofrecían un blanco bien distinto contra el que pudieran*

² TORENO, Conde de: *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, París, 1827, tomo I, p. 283.

apuntarse los tiros de la intriga, ni aún a ellas les era permitido (cosa de la que todas estuvieron lejos) ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendían».

Todos esos tumultos se produjeron entre el 23 y el 30 de mayo.

Los Ejércitos de las Juntas

Pasemos por alto los tumultos y la formación de las juntas y centrémonos en la de sus ejércitos.

Cuando el año pasado dí una conferencia en este mismo Instituto de Historia y Cultura Militar sobre el Ejército español antes del 2 de Mayo de 1808, me refería al volumen total de ese Ejército, estimado en unos ciento veinte mil hombres y a su dispersión entre Portugal (veinticuatro mil), Dinamarca (quince mil), Gibraltar (diez mil), Galicia (diez mil) y guarniciones de Canarias, África y Baleares (veinte mil). Es decir: setenta y nueve mil hombres se encontraban alejados del centro de España dominado por los franceses. Falta más de la mitad de los hombres en el primer momento del levantamiento.

Lo primero que hicieron esas juntas —ya lo he dicho— fue formar su propio ejército. Se trataba de la defensa de lo próximo, del círculo restringido de lo que se siente nuestro dentro de un pequeño espacio. Falta mucho para que esos esfuerzos parciales se coordinen en un esfuerzo nacional, aunque si ahora sumáramos esos esfuerzos nos pareciera así. Los ejércitos que se crean son exclusivamente suyos, para defender su territorio o las fronteras de su reino o provincia. Los ejércitos, que eran los del rey, ya no lo son tanto, porque no hay un solo rey sino multitud de juntas que se dicen soberanas y que dicen representarle y actuar en su nombre. Vamos a examinar algunas situaciones típicas de esta fase, en la que los esfuerzos de las juntas y los combates se entremezclan en una falsa sensación de unidad con el hilo de la cronología, dando unión a un propósito común que sólo lo fue en el fondo.

Castilla y León

Don Gregorio García de la Cuesta era el capitán general de Valladolid. «*Militar antiguo y respetable varón, pero de condición duro y caprichudo y obstinado en sus pareceres*» según Toreno³. En principio, Cuesta estimó que

³ *Ibidem*.

debía aceptarse la abdicación de Bayona y reconocer a José como nuevo monarca español. Tanto en su *Manifiesto*, como en los legajos sesenta y cuatro y sesenta y ocho de la sección de estado del Archivo Histórico Nacional, está clara esa postura inicial. El 29 de mayo se dirigió al ayuntamiento de León en los siguientes términos⁴: «*Todas las Personas Reales han renunciado solemnemente a sus derechos a la Corona de España, absolviendo a los vasallos del juramento de fidelidad y vasallaje; no debemos pues intentar nada contra su expresa determinación ni contra la Suprema Junta que nos gobierna en nombre del Emperador de los franceses, por el derecho que le han traspasado aquellas renunciaciones, bajo el pacto de nuestra independencia sin desmembración y la conservación de nuestra Santa Religión. El Emperador debe darnos un Rey, en circunstancias que no lo tenemos ni conocemos quien tenga derecho a serlo; luego su prudencia y el bien de la Nación y de cada individuo piden que esperemos con tranquilidad esa elección. Los anuncios son que nos será favorable, pues que han sido ya llamados ciento cincuenta españoles ilustrados para tratar y proponer las reformas convenientes para la prosperidad de los Reinos.*»

Pero entre el 29 y el 30 de mayo se produjeron en Valladolid «*conmociones populares*» que desembocaron el 31 en un motín, y Cuesta cedió, aunque el 2 de junio ya estimase necesario «*ceder a su fuerza adoptando medidas para dirigir su impulso de manera que sea menos molesta*»⁵. Esto es: permitir el alistamiento que reclamaban los amotinados, coordinarlo y, por medio de la disciplina militar, contener y dirigir su entusiasmo.

Entre el 31 de mayo y el 12 de junio Cuesta organizó un ejército y arrancó contra los franceses con el mismo ímpetu por dar grandes batallas que le caracterizaría siempre. Para ello, Cuesta contaba con los 200 hombres del Regimiento de Caballería de Línea de la Reina, con un centenar de guardias de Corps y Carabineros a caballo, huidos de la escolta de Fernando VII y con cuatro piezas de Artillería que habían llevado consigo los alumnos de la Academia de Segovia. A estos efectivos unió unos 5.000 paisanos armados, la mayoría estudiantes, como es natural sin instruir, disciplinar, ni encuadrar. Enfrente los generales franceses Merle y Lasalle, el primero al mando de seis batallones de Infantería y 200 jinetes y el segundo con cuatro batallones y 700 jinetes.

Los españoles eran la mitad de los franceses, aparte de la diferencia cualitativa que les separaba. Pero además Cuesta eligió la peor de las posicio-

⁴ Manifiesto que presenta a la Europa el capitán general de los Reales Ejércitos don Gregorio García de la Cuesta, Palma de Mallorca, 1811.

⁵ A.H.N. Estado, l. 64^a, 189.

nes para batirse. Desplegó en dos líneas a ambos lados del Pisuerga, a caballo del puente que lo cruza, dejando sin fortalecer el pueblo de Cabezón y situando dos cañones a cada lado del río. Los franceses embistieron el absurdo y débil despliegue español; estos huyeron, unos se agolparon en el puente y otros se arrojaron al río, ahogándose un gran número de ellos, mientras la Caballería francesa acuchillaba a los fugitivos hasta las puertas de Valladolid.

Galicia

El levantamiento se produjo el 30 de mayo, formándose una junta que tras azarosos incidentes y tumultos acabaría presidiendo Fillangieri, su capitán general. Galicia, con la incorporación de las tropas españolas destacadas al norte de Portugal, menos dos batallones que quedaron prisioneros de los franceses, formó un ejército inicial compuesto de 17 batallones de Infantería de Línea y trece de milicias provinciales, con un total de 13.512 hombres. El 21 de junio Blake, brigadier ascendido por la junta a Teniente General, se hizo cargo del mando de ese ejército, que trasladó al Bierzo, para instruir y organizar a las nuevas remesas de reclutas que doblaban sus efectivos iniciales. El 24 de ese mismo mes fue asesinado Fillangieri.

Pronto entrarían en pugna Cuesta y la junta de Galicia. Esta última, cuando Blake le anunció su propósito de unirse con las tropas castellanas le ordenó⁶: *«El Reino, instruido del oficio que V.E. le ha pasado por el conducto del Teniente Coronel Don José Zayas, con fecha 22 del pasado, conviene en que V.E. ejecute el plan que se propone, cuidando de cubrir el Reino y de replegarse a él en cualquier descalabro y también de dejar alguna División en dicho Reino para atender a la quietud pública, recoger los alistados de las respectivas capitales y ocurrir a cualquier accidente del enemigo que pueda acaecer. Sólo el Reino le advierte a V.E. ha de mandar siempre con independencia al Ejército de Galicia, del que es jefe, aún cuando haga sus combinaciones con el General Don Gregorio de la Cuesta».*

Van a unirse los ejércitos de Cuesta y Blake. El primero, entre los restos salvados de Cabezón y tres batallones asturianos recién formados y escasamente instruidos, tendrá una fuerza próxima a los 10.000 hombres, de los que sólo los 560 jinetes pueden conceptuarse como combatientes. Blake mandaba ya un ejército formado por una vanguardia y cuatro divisiones,

⁶ MORO, B.: *El capitán general don Joaquín Blake*, Madrid, 1960, p.127.

con unos efectivos totales de 25.000 infantes y 150 jinetes. Pero Blake, en su marcha para reunirse con Cuesta, fue dejando atrás la mitad de sus efectivos para cumplir las órdenes recibidas de la junta de la que dependía: Primero apostó a su segunda división en el Puerto del Manzanal, compuesta por 6.500 infantes, cinco piezas de artillería y zapadores; después su tercera división, con 4.400 y cinco piezas de artillería no pasó de Benavente, quizás pensando ya en apoyar con ella su repliegue a Galicia. Otros tres batallones habían quedado en Galicia.

El 14 de julio ambos ejércitos se enfrentaron a los franceses en las proximidades de Medina de Rioseco. La batalla fue un desastre para las armas españolas. Desplegaron uno junto al otro pero sin designar un mando supremo del conjunto. Los 21.913 españoles fueron derrotados por 13.430 franceses que mandaba Bessieres. El 15, los restos de ambos ejércitos se reunieron en Benavente y allí se separaron, marchando los gallegos al Bierzo y el de Cuesta a León, donde volvieron a dividirse: la Infantería se replegó a Asturias y la Caballería lo hizo a Salamanca pasando tras la retaguardia enemiga en una marcha audaz. Las prisas por dar batalla: doce días para Cabezón y un mes para Medina de Rioseco, certifican la inmadurez de las tropas españolas empeñadas.

La derrota tuvo consecuencias extrañas. El 14 de agosto se firmó en Lugo el *Tratado de unión de los Reinos de Galicia, Castilla y León para la defensa de sus respectivos territorios*. La nueva junta formada allí autoproclamaba su autoridad soberana para la defensa de los tres reinos y dictaminaba que «serán comunes las fuerzas militares de mar y tierra»⁷.

Quince días más tarde ordenaba a Cuesta que pusiera su Caballería a disposición de Blake, que éste debía ser el jefe de la *expedición*, que esas unidades montadas deberían ir a donde aquél señalase y añadía: «Se le entera de todo para en el caso de estar ausente, a fin de que sin demora, sin excusa y bajo toda responsabilidad facilite el tan importante auxilio de la Caballería que se pide y que no se puede retardar sin notable perjuicio a la causa pública»⁸. Por si fuera poco, también el 29 de agosto ordenó a los soldados leoneses que formaban parte del ejército de Cuesta que se replegaran a Galicia⁹.

Cuesta ordenó detener al presidente de la junta de León, el bayllo Valdés, que ya había sido designado para formar parte de la Junta Central, lo que le motivó su posterior procesamiento, pero desde Salamanca marchó a Muñoz,

⁷ A.H.N. Estado, l. 68, a. 2.

⁸ A.H.N. Estado, l. 68, a. 3.

⁹ A.H.N. Estado, l. 68, a. 169.

donde pronto organizó otro ejército de Castilla con 10.000 nuevos reclutas. El 2 de septiembre marchó a Madrid llamado por su Ayuntamiento.

Cuesta nunca aceptó la soberanía de las juntas de Castilla y León. El 4 de junio había dirigido una circular a las Capitanías Generales o juntas en las que residiera el mando de cada provincia o reino. Se extendía en la necesidad de constituir una autoridad suprema. No es partidario de que la ejerza un hombre por la ambición que pudiera desatar, ni que fuera un gobierno de muchos por el caos que pudiera generarse. Propone una regencia formada por cuatro o cinco individuos elegidos por las Cortes. Más adelante añadía: «*La (Junta) de Castilla y León obedece mis órdenes con el justo título de haber sido nombrado su Gobernador Capitán General Presidente de su Real Chancillería por Reales Despachos de nuestro Rey Fernando VII en 2 de Abril de este año. Me considero en este momento independiente de cualquier otro gobierno, pero seré el primero en (acatarlo) tratándose del bien nacional, y éste tan digno objeto me impelen a conminar y proponer estas reflexiones a las Juntas, Jefes o Magistrados de cada una de las demás Provincias o Reinos*»¹⁰.

Cuesta fue siempre un general riguroso en el mantenimiento de la disciplina militar; además, como expresidente del consejo de Castilla, tenía una visión legalista que tropezaba con el glorioso caos del que surgió el levantamiento.

Andalucía

El foco fue Sevilla, donde en fechas inmediatas al 2 de mayo ya se había producido un conato prontamente sofocado por las autoridades. Pero el levantamiento verdadero tuvo lugar el 26, protagonizado por el conde de Tilly y el comerciante Nicolás Trap, a los que siguieron los soldados del regimiento de Olivenza que encabezaron el asalto a la maestranza de Artillería donde armaron a la población civil. Trap convocó en el Ayuntamiento a una junta de personas distinguidas, cuya primera providencia fue destituirle y nombrar presidente a don Francisco Saavedra, que había sido ministro de Hacienda. La junta se intituló «*Suprema de España e Indias*» y ordenó formar otras juntas en las ciudades de más de dos mil habitantes.

Sevilla envió mensajeros a San Roque y Cádiz. En el primer lugar Castaños estaba de acuerdo en unirse al levantamiento, contando con los ocho

¹⁰ A.H.N. Estado, I, 68, d, 165.

mil novecientos cuarenta y un hombres de tropa reglada que constituía el ejército de observación de Gibraltar. En Cádiz tenía su residencia Solano, marqués del Socorro, capitán general de Andalucía, quien con el conde de la Torre del Fresno había encabezado otro frustrado levantamiento en Extremadura en las fechas siguientes al 2 de mayo. Solano se mostró esta vez reticente a unirse a las propuestas sevillanas y, aunque acabó aceptándolas, fue asesinado por el populacho amotinado. A Solano le sustituyó don Tomás de Morla, artillero de gran prestigio, que había sido Jefe de Estado Mayor de Godoy durante la Guerra de las Naranjas.

En Granada se produjo el levantamiento el 30 de mayo y el pueblo amotinado obligó a su capitán general, Escalante, a ponerse al frente de una junta que no aceptó la supremacía de la de Sevilla, lo que estuvo a punto de provocar una catástrofe, porque los sevillanos ordenaron a Castaños que atacara a la ciudad de los cármenes para someterla, menos mal que el general fue más sensato y prudente y no acató esa orden.

Lo que hicieron los granadinos fue considerarla soberana sobre la de Málaga. Sus miembros se atribuyeron honores de capitán general y enviaron a uno de ellos, Sempere, sin éxito, a presidir todas las juntas y Cuerpos subalternos de la capital malacitana¹¹. Quien sí obedeció fue su general gobernador militar Reding, a quien llamó a Granada para ponerle al frente de las tropas que inmediatamente comenzó a organizar, al mismo tiempo que hacía volver a Granada al Batallón de Suizos que había salido para Sevilla.

También enviaron un *embajador* a Gibraltar, Martínez de la Rosa. Con las armas facilitadas por los ingleses, más las que se encontraban en San Roque, se formó una *División Granadina*, que para finales de junio contaba ya con 30.000 hombres incluidos los numerosos voluntarios.

A lo largo del mes de junio, sumando los ya regresados de Portugal, en Andalucía (Sevilla y Granada) se disponía de 39.648 hombres de procedencia heterogénea, que se elevarían a finales de mes a unos 30.000 bajo el mando de Castaños y Reding, y a unos 26.000 de reserva, formada mayoritariamente por unidades de nueva creación.

Valencia y Murcia

En Valencia, el 23 de mayo llegó la noticia de las abdicaciones de Bayona. Ese día se amotinó el pueblo dirigido por un fraile, depuso al capitán

¹¹ A.H.N. Estado, I, 80, f. 63.

general marqués de la Conquista y nombró al conde de Cervellón para ponerse al frente del ejército que pensaban crear.

En Murcia se produjo el levantamiento el 24 después de que llegaran a ella emisarios de Cartagena que se habían amotinado con antelación. Se designó una junta presidida por Floridablanca y se nombró al coronel de Milicias González Llamas para el mando del ejército que planeaban formar, a la vez que se le ascendió a Teniente General. En Cartagena se había depuesto al capitán general del Departamento Marítimo, Francisco de Borja y, tras asesinarle, se nombró a Hidalgo de Cisneros para sustituirle.

Entre Valencia y Murcia los efectivos iniciales llegaban a 10.000 hombres de tropa regular, que pronto se incrementarían con numerosos reclutas armados con los medios de los parques de Marina de Cartagena y con los desertores de las tropas españolas que acompañaron a Moncey en su intento contra la capital del Turia, hasta llegar a unos 37.000 hombres.

Cataluña

No hubo propiamente un levantamiento generalizado, aunque éste se iniciara en Lérida y Tortosa siguiendo a los producidos en Zaragoza y Valencia. La junta de Cataluña se formó en Lérida el 16 de junio.

Ocupada Barcelona con sus fortalezas por Duhesme en fechas previas al levantamiento, se hizo imposible su participación inicial en el de los 4.000 soldados españoles de su guarnición. Otros 3.000, distribuidos entre Gerona, Tarragona y diversos destacamentos menores, más los somatenes, constituyeron el núcleo inicial de la resistencia. Pronto Duhesme envió al Regimiento de Extremadura a Lérida para someterla. Como quiera que esa ciudad le cerrara sus puertas, marchó a Zaragoza donde participó en su defensa. El tercer batallón de Guardias Españolas y un escuadrón del regimiento de Borbón abandonaron también Barcelona con destino a Villafranca para desde allí desertar en pleno y unirse a los rebeldes, pero el batallón de la Guardia Walona se vio forzado a permanecer en Barcelona con los restos de su guarnición, sometido a continuas y desordenadas deserciones, hasta ser echo prisionero.

El 6 y el 14 de junio se produjeron las dos acciones del Bruch con victoria de los somatenes.

La junta de Cataluña pidió ayuda a Baleares, al mismo tiempo que nombraba a Vives capitán general del Principado. Pero éste, que lo era de Baleares, se resistió a dejar las islas sin guarnición; por el contrario el marqués del Palacio, gobernador militar de Menorca, acudió en su socorro con 4.630

hombres y 37 piezas de Artillería. Con esos medios, sumados a las guarniciones que pudieron unirse al levantamiento y las primeras movilizaciones de migueletes, el marqués del Palacio, nombrado por la junta, Capitán General, pudo ponerse al frente de unos 14.000 hombres.

Aragón

En Zaragoza se conocieron las noticias de las abdicaciones de Bayona el 24 de mayo. El pueblo se congregó ante el domicilio del capitán general Guillelmi, y le condujo prisionero al castillo de la Aljafería. En los primeros momentos asumió el mando su segundo, Mori, dado que el teniente general don Antonio Cornell se negó a hacerse cargo de él. Mori convocó una junta, pero su actuación no agradó al pueblo, que volvió sus miras a Palafox, refugiado en su torre de Alta Gracia después de haber huido de Bayona. A sus 32 años era segundo teniente de los Guardias de Corps (asimilado a brigadier del ejército). Palafox aceptó los deseos del pueblo secundado también por Mori. Convocó a las autoridades el 26 y comunicó a sus paisanos los deseos de Fernando VII de luchar contra los franceses. Nombrado Capitán General por aclamación, convocó a las Cortes de Aragón y designó una junta para atender a la defensa del reino.

La guarnición de Zaragoza, sumando diversos Cuerpos, contaba escasamente con mil hombres, pero llegaron oficiales desertores de Pamplona, San Sebastián y Alcalá de Henares y con ellos encuadró y formó nuevas unidades de voluntarios hasta alcanzar un total de 8.863 combatientes.

Costa Cantábrica

En Santander, el 26 de mayo se produjo el motín que llevó el 27 a la formación de una junta presidida por su Obispo. La junta ascendió a capitán general al coronel Velarde procediéndose a un alistamiento general. Velarde, con cinco mil hombres (algunos del regimiento de Milicias Provinciales de Laredo y el resto paisanos armados) se situó en Reinosa, mientras su hijo, al frente de otros mil, lo hacía en el puerto de Tornos.

En Oviedo, los días 23 y 24 se produjeron tumultos; el pueblo se apoderó de los fusiles existentes en la *Casa de Armas* (Toreno dice que cien mil, pero parece improbable esa cantidad) y el 25 la junta del Principado nombraba al marqués de Santa Cruz su Presidente, a la vez que ascendía a teniente general al capitán de Artillería y coronel de Infantería retirado mar-

qués de Campo Sagrado. La junta resolvió formar un ejército de 18.000 hombres, pero apenas llegaron a los 10.000 los conseguidos.

Hay que tener en cuenta que la guarnición militar inicial de toda esta costa no pasaba de 2.500 hombres, de los que sólo 1.600 se encontraban distribuidos en distintos destacamentos dentro de la zona sublevada.

Extremadura

Ya hemos referido el primer levantamiento extremeño del 4 de mayo. Pero aquella vez el conde de la Torre del Fresno, su capitán general accidental por ausencia de Garrafa, no logró arrastrar a la población a la insurrección contra los franceses. El 30 de mayo se produjo el definitivo, el pueblo asesinó al conde de la Torre del Fresno y nombró al coronel Galluzo para sustituirle, ascendéndole a Teniente General. La guarnición de Badajoz no pasaba de 500 hombres, que unidos a los regresados de Portugal y los movilizados por la junta pronto llegaron a los 20.000.

Resumen de la situación inicial

El conde de Clonard, en su *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*¹², señala la creación de mayo a diciembre de 1808 de 123 nuevos regimientos (o tercios en Cataluña y Aragón) de Infantería de Línea con 144 batallones y 96.162 hombres (una media de 670 hombres por batallón), más 34 regimientos de Infantería Ligera con 44 batallones y 29.833 nuevos combatientes (una media de 700 por batallón). Hasta finales de 1809, los cuerpos de nueva creación serían 33 regimientos de Infantería de Línea con 67 batallones y 53.057 hombres (la media ya se elevaría a cerca de 780 por batallón), más 14 regimientos de Infantería Ligera, con 20 batallones y 15.580 hombres. El esfuerzo de creación de nuevas unidades continuó hasta marzo de 1813, totalizando 218 regimientos de Infantería de Línea, con 298 batallones y 101 de Infantería Ligera con 119 batallones.

Si los datos que hemos ido desgranando fuesen ciertos (sería bueno aceptarlos con cierto escepticismo), el Ejército español habría pasado de los 120.000 hombres que lo componían antes del 2 de mayo de 1808 a unos 300.000 estimados a finales de ese año. El problema es que ese crecimen-

¹² CLONARD, Conde de: *Historia de las Armas de Infantería y Caballería*, tomo VI, p. 274.

to se produjo fuera de él mismo: ni el ejército moviliza, ni logra siempre integrar a los nuevos reclutas en las unidades de veteranos ya formadas para alcanzar con ellos las plantillas de guerra. Son las juntas las que crean nuevos batallones, regimientos o tercios de Migueletes o Aragoneses, y los forman eligiendo a la vez a los jefes, oficiales y suboficiales que han de encuadrarlos e instruirlos, fijando muchas veces haberes diferentes de los que percibe el soldado regular.

Esa situación se recoge en el *Diario de Málaga* de 22 de octubre de 1808: «*Son tantos los Regimientos que se levantan que la Junta Suprema ha mandado suspender; y en lugar de levantar nuevos, completar los Regimientos antiguos, que ninguno casi tiene la mitad de la gente que debe tener para su completo. Esta medida ha sido oportunísima*»¹³.

Se podían movilizar hombres y más hombres, pero el problema era como armar, uniformar, alimentar, instruir, encuadrar y disciplinar a tantos reclutas. A finales de octubre de 1808 decía Morla, como inspector de Artillería, al secretario de estado de la Guerra¹⁴: «*Es cierto que teníamos armas para todos los Ejércitos que pudiéramos tener; pero los franceses nos han cogido 50.000 fusiles en Barcelona y en todas partes, sean las Juntas repartiéndolo al paisanaje para armarlo, sea echándose sobre los almacenes, los limpiaron de armas, de las que una gran parte se han inutilizado o perdido*». (300.000 fusiles había en los Parques españoles al iniciarse la guerra según Arteche).

La ayuda inglesa fue muy importante. En octubre de 1808 entraron 50.000 fusiles por Cádiz y 35.000 por Galicia. Por Alicante, entre el 15 de octubre y el 15 de noviembre, entraron 10.000 fusiles con sus bayonetas, 20.000 picas, 100.000 piedras de chispa, 2.000.000 de cartuchos y 10.000 vestuarios¹⁵, datos que evidencian que las Unidades se formaron antes de disponer de sus armas, luego su instrucción fue nula o muy precaria. (Los fusiles ingleses eran de 19,3 m/m de calibre, mientras los españoles eran de 18,3 y de 17,4 los franceses. Se estimaba que los de mayor calibre podían disparar los proyectiles de los de calibre inferior, lo que indica el poco aprecio que merecía la precisión del tiro).

Según otras fuentes, el 5 de septiembre de 1808, se pidieron a los ingleses 500.000 varas de paño azul y blanco; 400.000 de lienzo; 300.000 pares de zapatos; 30.000 pares de botas; 200.000 portafusiles y cartucheras; 200.000 fusiles con bayoneta; 12.000 pares de pistolas; 10.000 arrobas de

¹³ Colección del Fraille, tomo 40, p. 547.

¹⁴ HERRERO, D.: *Tomás de Morla, un Artillero ilustrado*, Madrid, 1992, p. 467 y ss.

¹⁵ *Ibidem*, p. 475.

arroz y una cantidad importante de carne y pescado salado. El 3 de diciembre, nuestro encargado de negocios en Londres pidió 600.000 fusiles y el 17 solicitó que España pudiera contratar su fabricación, pero no fue posible, e informa que ya se han remitido de 160.000 a 170.000 y que se están preparando de 30 a 40.000 más, mientras que el 11 de enero se pedía a nuestro embajador que contratara la construcción de 200.000¹⁶.

Otro dato a considerar es el número de jefes y oficiales disponibles, que a primeros de 1808 era de 6.489 que encuadraban a 127.969 soldados de todas las Armas, es decir: uno por cada 19,6 hombres, que no es mucho teniendo en cuenta que la mayoría de las unidades no tenían completa su plantilla de paz; que cada compañía de 160 hombres en plantilla de guerra tenía asignados un capitán y cuatro oficiales subalternos; como que para un batallón en esa situación de 750 hombres, los jefes y oficiales eran 41 (1/18,3), sin contar las planas mayores de los regimientos y los cuarteles generales de las grandes unidades. Para mantener esa proporción y encuadrar a los 300.000 hombres estimados, habría sido necesario algo más que doblar el número de los oficiales, pero improvisarles no es tan fácil, lo que redundaría en perjuicio de la calidad de la instrucción recibida¹⁷.

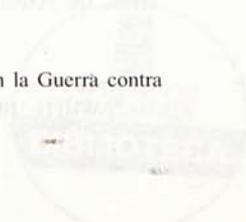
La escasez de caballos fue otro problema en nuestro Ejército. Los 12.004 oficiales y tropa de Caballería en España y Portugal poco antes de producirse el levantamiento tenían tan sólo 7.443 caballos. De Dinamarca volvieron los regimientos del Rey y del Infante pie a tierra, con 1.339 hombres que debieron ser montados, agravando aún más el problema. La Junta Central intentó la requisita de caballos y yeguas, con las que se pensó dotar a la Caballería de un ejército, la compra en Marruecos y Argelia, quitárselos a las plazas montadas de Infantería y rebajar la alzada requerida. Pero siempre fueron pocos. Basta el ejemplo de que el conde de Clonard señalara la creación a lo largo de la guerra de sólo 21 regimientos de Caballería, frente a los 319 de Infantería.

Las Bases del Entusiasmo

Si exceptuamos los desastres de Cabezón y Medina de Río Seco que ya hemos señalado, a lo largo de los meses de junio, julio y agosto se sucedieron grandes éxitos españoles.

¹⁶ B.N. M.S. 7248.

¹⁷ Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos españoles beligerantes en la Guerra contra Bonaparte, Barcelona, 1822.



El 6 y el 14 de junio tuvieron lugar las acciones del Bruch, donde los somatenes, auxiliados por algunos desertores de la guarnición de Barcelona primero, y por algunas unidades de la guarnición de Lérida después, lograron derrotar a los franceses. Unos días más tarde, el 21, Gerona resistió con éxito el primer intento francés de conquistarla.

El 29 de ese mismo mes de junio, Moncey fue rechazado ante Valencia, aunque previamente lograra romper el despliegue defensivo español en Las Cabrillas. El 19 de julio tuvo lugar la batalla de Bailén, con la derrota total del ejército que mandaba Dupont y su conducción hasta Cádiz como prisionero de guerra. Por último, en agosto, el 14 los franceses levantaron el sitio de Zaragoza y el 20 los ingleses derrotaban a Junot en Vimeiro.

No voy a incidir en el desarrollo de estas batallas o defensas victoriosas y me voy a centrar en la evolución de los ejércitos y en la dirección de los mismos.

Después de Bailén

El 25 de julio de 1808 decía Blanco White desde Sevilla¹⁸: «...por todas partes resuenan aclamaciones y el ensordecedor repique de las campanas de la Giralda anuncia la llegada del victorioso General Castaños que, más sorprendido que ninguno de sus compatriotas por el triunfo de sus soldados, viene a dar gracias ante el cuerpo de San Fernando y a descansar unos cuantos días sobre sus laureles.

Pero hay algo muy melancólico en el incontrolado entusiasmo, en la exagerada confianza y la loca arrogancia que reina en Sevilla. Adormecidos en una seguridad que amenaza con muerte inmediata a cualquiera que se atreviera a turbarla con una palabra de cautela, tanto la Junta como el pueblo creen que la guerra ha terminado con este simple golpe, y mientras pierden en procesiones y Te Deums un tiempo precioso para seguir avanzando sobre Madrid, su falta de previsión y su ignorancia supina de los medios de represalia del enemigo los inducen a pedir el incumplimiento de la capitulación que ha colocado al ejército francés bajo su poder».

Leídas las palabras de Blanco White y visto el ritmo lento con que se suceden los acontecimientos, no se puede menos que pensar que los españoles consideraban la guerra definitivamente ganada. Los ejércitos de Castilla, de Andalucía y de Valencia van a confluír en Madrid. Primero llegará

¹⁸ WHITE, Blanco: *Cartas de España*, Madrid, 1972, p. 293.

el de Valencia, que mandaba González Llamas, que lo hizo el 13 de agosto, dos semanas más tarde de la salida de José; el de Castaños no lo hizo hasta el 23; Cuesta entraría con el suyo el 2 de septiembre, mientras el de Galicia, que mandaba Blake, estuvo detenido en La Bañeza hasta el 18 de agosto. Añadamos que Granada pidió a Castaños que le devolviera su división, aunque acabara aceptando su traslado a Cataluña.

La Organización del Mando

Cuesta conspiró en Madrid a su llegada; quiso que el duque del Infantado, presidente del consejo de Castilla que había abandonado a José después de Bailén, asumiera el poder civil, mientras que él y Castaños compartieran el militar. No aceptó Castaños y el intento quedó neutralizado. Poco más tarde, el 5 de septiembre, se celebró en Madrid un consejo de generales para fijar el posible plan de guerra. Se reunieron los presentes en la capital de España: Cuesta, Castaños, Infantado en representación de Blake y el intendente Calvo de Rozas en la de Palafox. Se reunieron porque esa fue su voluntad, ya que no existía ninguna autoridad superior. Se convino que había que marchar sobre el Ebro, detrás del cual se había refugiado el rey José sin que ninguno le inquietara. González Llamas, con las tropas de Valencia y Murcia debía establecerse en Calahorra; Castaños en Soria; Palafox en Tudela; Cuesta en Burgo de Osma y Blake en Aranda de Duero, sirviendo de reserva las tropas de Extremadura que mandaba Gallazo.

En aquella reunión no se nombró un General en Jefe. Cuesta era el más antiguo y Castaños el de más prestigio, pero prevalecieron los celos sobre las razones de la lógica y de la orgánica militar, con lo que este plan no se puso nunca en ejercicio o, como dice Arreche, «*todos prefieren la gangrenosa pluralidad a obedecer órdenes de otro*»¹⁹.

El 25 de septiembre se constituyó en Aranjuez la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino y el 30 se creaba subordinada a ella la *Junta Militar*, presidida por Castaños, en la que entraban Morla, inspector de Artillería, el marqués de Castelar, Bueno, González Llamas, el conde de Montijo y el marqués del Palacio, «*compuesta por las personas más a propósito por sus luces y patriotismo para formar y proponer a aquella (la Central) los planes mejores para atacar al enemigo*»²⁰.

¹⁹ *Historia de la Guerra de Independencia*, tomo 3, p. 205.

²⁰ A.H.N., Estado, l. 33, A-3.



También dentro de la Junta Central se constituía la *Sección de Guerra*, presidida por el marqués de Campo Sagrado, de la que también formaban parte don Francisco Palafox, el príncipe Pío, Tilly, Tomás de Veri y García de la Torre, todos ellos diputados de la Central. La misión de esta última era²¹: «proponer las medidas convenientes y efectivas para armar a la Nación, adquirir armas del extranjero, daré el movimiento más rápido a nuestras fábricas, formará los reglamentos necesarios para la organización e instrucción del Ejército sin perjuicio de la Agricultura y la Industria. Llevará adelante el Reglamento formado por la Junta para la adquisición de caballos y yeguas en unas circunstancias que necesitamos una fuerza activa y sedentaria de 400.000 infantes y 40.000 montados y su realización más pronto debe ser uno de sus principales objetos; no perderá de vista cuanto influye en la buena educación para tener buenos oficiales y en este concepto propondrá a la Junta lo que parezca conveniente para formar establecimientos en que se instruya la juventud militar...».

Esa misma Junta Central, que se atribuía el poder absoluto del rey, nombró al teniente general don Antonio Cornell secretario de estado de la Guerra. Había pues tres niveles de coordinación: La Junta Militar, la Sección de Guerra y la Secretaría de Estado de la Guerra, más el mando supremo ejercido por la misma Junta Central.

Los Nuevos Planes

La Junta Militar propuso reducir los ejércitos a tres: derecha en Cataluña, centro e izquierda, más uno de reserva, pero ni instituyó un mando supremo del conjunto de ellos ni explícitamente se reservó para sí esa función. El del centro, bajo el mando de Castaños, se formaría con las tropas de los antiguos ejércitos de Andalucía, Castilla, Extremadura y las de Valencia que mandaba González Llamas; el de la izquierda, al mando interino de Blake hasta que llegara el marqués de la Romana procedente de Dinamarca, se compondría de las tropas de Galicia, Asturias, Cantabria, Vizcaya y la Caballería del antiguo ejército de Castilla; el de reserva, al mando de Palafox, encuadraría a las de Aragón y Murcia que ya habían acudido a Zaragoza poco después de levantado su sitio por los franceses; por último, el de la derecha se formaría en Cataluña con las tropas de ese Principado, Baleares y las de Granada, todas ellas bajo el mando de Vives. Por entonces se espe-

²¹ A.H.N. Estado, I. 1, A.

raba el refuerzo del ejército del centro con 20.000 ingleses procedentes de Portugal. En total, deducido ese refuerzo, serían 130.000 hombres, de ellos 6.000 jinetes, 2.000 artilleros y 140 piezas de campaña.

Después esa Junta concibió una disparatada maniobra general consistente en el doble envolvimiento del Ejército francés situado sobre el Ebro, avanzando nuestras tropas al pie de las cordilleras cantábrica y pirenaica. Esa había sido una anterior idea del conde de Montijo, acogida con particular entusiasmo por sus primos los Palafox cuando, tras el levantamiento del sitio de Zaragoza, avanzó hasta Tudela al frente de las tropas aragonesas y murcianas y trató de coordinar ese movimiento con Blake²².

Castaños se puso al frente del ejército del centro en Tudela el 17 de octubre. Los ingleses continuaban en Portugal y el ejército de Extremadura apenas había llegado a Madrid desprovisto de casi todo, mientras que Blake, avanzaba sobre Bilbao el 12, como parte del plan concertado con el conde de Montijo.

La Junta había desmembrado al ejército vencedor en Bailén. La división Reding había marchado a Cataluña y parte de sus divisiones primera y tercera quedaron en Madrid para encuadrar en ellas nuevos reclutas. Tampoco la incorporación de las tropas del de Castilla y del de Valencia, constituidas mayoritariamente con unidades de nueva creación, añadía la solidez deseada al conjunto, ni continuaban al frente de las divisiones del de Andalucía los generales que habían luchado en Bailén bajo el mando de Castaños. Pero sobre todo, en ese amplio despliegue de 200 kilómetros quedaba totalmente desdibujada la necesaria función de mando y el papel asignado a la reserva. Además el equipo era insuficiente. Un informe firmado por Girón con el visto bueno de Castaños, remitido desde Calahorra a la Junta Central el 29 de octubre decía²³: *«La mayor parte de las tropas de este Ejército del Centro están faltas de vestuario y capotes. No hay hospitales, depósitos ni almacenes, no hay tiendas, hay pocos medios de transporte y no existen caudales en las Cajas de las Divisiones. Es indispensable reemplazar con la mayor brevedad estas faltas tan esenciales, aumentar los Cuerpos hasta su alto pie de guerra, incorporando los nuevos a los veteranos y haciendo entrar en ellos gente de nuevo alistamiento»*.

Además, en ese ejército del centro se introdujo una nueva cuña con la aparición en él del conde de Montijo, Coupigny y don Francisco Palafox como comisionados de la Junta Militar. Su misión era²⁴ *«activar las opera-*

²² S.H.M. Colección General Blake, caja 1, n.º 25.

²³ Colección del Fraile, vol. 777, p. 24.

²⁴ A.H.N. Estado, I.17, n.º 6.

de Montijo, primo de aquellos. Así, cuando conoció el plan esbozado en Madrid el 5 de septiembre, desechó dirigirse a Burgo de Osma y por Reinosa se dirigió a Bilbao, que ocupó el 20 de septiembre. El 26 abandonó la capital vizcaína que volvió a ocupar el 12 de octubre.

A mediados de octubre se unieron a su ejército las tropas asturianas, dos cortas divisiones que sumaban unos 7.000 hombres, (porque los planes de movilizar a 18.000 hombres habían fracasado, a pesar de haber ascendido a 11 al empleo de teniente general), y los 9.199 del marqués de la Romana vultos de Dinamarca, más la disputada Caballería del ejército de Castilla. Con todos estos refuerzos, su ejército se aproximaba a los 40.000 hombres.

Blake sostuvo las acciones de Zornoza (31 de octubre), Valmaseda (5 y 8 de noviembre) y Espinosa (10 y 11 de noviembre). Derrotado en esta última, Blake se retiró por Reinosa y el valle de Cabuérniga, para seguir por Potes a León, donde entregó los restos de su ejército (15.390 hombres) al marqués de la Romana. Las divisiones asturianas volvieron dispersas y muy mermadas a su territorio. Las bajas en combate, según fuentes francesas extraídas por Priego ante la inexistencia de datos españoles, habían sido 5.333 entre muertos, heridos y prisioneros. La mitad de sus tropas habían sencillamente desaparecido.

Tudela

Cuando se va a producir la batalla de Tudela, Napoleón ya ha roto por el centro y marcha hacia Madrid, mientras los ejércitos de Blake y Bellverdere han desaparecido de la escena bélica y aún falta tiempo para que se sienta la presencia de los ingleses de Moore. Frente a Castaños se encuentra el cuerpo de ejército de Moncey, mientras Ney, en Aranda, amenaza su retaguardia por la ruta de Almazán.

El 19 de noviembre, en Lodosa, el mariscal Lannes tomó el mando del cuerpo de Moncey, reforzado hasta alcanzar los 24.000 infantes y 5.000 jinetes. El plan de los franceses era que Lannes atacara a Castaños en Calahorra, mientras Ney, por Soria, se dirigiría contra la retaguardia española. El día 21 Castaños conoció los movimientos franceses contra su retaguardia y ordenó retroceder a sus tropas, girando un ángulo de 90 grados y situándose perpendicularmente al Ebro entre Tarazona y Tudela, apoyado en el curso del Quiles y destacando a la división de Vanguardia a Agreda para cubrir su retaguardia. Su nuevo despliegue suponía abandonar los proyectos ofensivos e intentar cerrar el corredor Sur del río que lleva a Zaragoza. Al mismo tiempo ordenaba a O'Neill, que mandaba la agrupación de tropas de

los ejércitos del centro y reserva situada al Norte del Ebro en Caparroso, que se trasladará a Tudela, donde constituiría la extrema derecha de su despliegue.

O'Neill se resistió a cumplir las órdenes de Castaños, puesto que éste no era su jefe, sino Palafox, y se mantuvo al norte del Ebro próximo a Tudela. Ese mismo día 21 tuvo lugar una reunión en Tudela de Castaños con los hermanos Palafox, empeñados en la continuidad del plan ofensivo y en considerar la defensa de Aragón y Zaragoza la principal misión de ambos ejércitos.

Hacia las ocho de la mañana del 23 comenzaron a entrar en Tudela las tropas de O'Neill y, cuando se encontraba conferenciando en ella Castaños con los Palafox, comenzó la batalla de Tudela, con los españoles desplegados a lo largo de 17 kilómetros entre Tudela y Tarazona.

Palafox se marchó a Zaragoza apenas empezada la batalla y Castaños, como afirma Girón, su sobrino y ayudante²⁸, se enredó en el mando directo de las tropas aragonesas y valencianas que constituían su derecha, mientras el resto de sus divisiones hicieron caso omiso a sus órdenes de cerrar sobre las posiciones defendidas por los españoles en las proximidades de Tudela.

Los españoles eran entre 42.000 y 45.000 hombres, de los que 5.000 eran de Caballería (26.000 del ejército del centro y unos 18.000 del de Aragón), pero sólo intervinieron en la batalla unos 30.000 frente a los 29.000 de Lannes. Sobre el desarrollo de la batalla y de las acciones previas planea el inmenso error del mando dividido. El 21 de noviembre, dos días antes de la batalla, la Junta Central discutió la conveniencia de poner todas las tropas a las órdenes de Castaños, pero en la votación que se produjo se aprobó que fuera la Junta Militar la que mandara, y que Palafox y Castaños obraran de acuerdo²⁹.

Los españoles sufrieron 3.000 muertos o heridos y otros tantos prisioneros. La retirada se generalizó hacia Borja en forma cada vez más desorganizada. Desde ese punto las divisiones aragonesas, con parte de la de Roca (valenciana) y de Villariego (andaluza), instigadas por don Francisco Palafox, se dirigieron a Zaragoza, mientras el resto lo hacía a Calatayud. No se conformó con eso don Francisco, porque el 26 de noviembre, desde Zaragoza, comunicó a la Junta Central que había dado orden en nombre de S.M. para que Castaños marchara a Zaragoza con el grueso de su ejército, dejando una parte proporcionada en Calatayud³⁰.

²⁸ GIRÓN, P. A.: *Recuerdos*, Pamplona, 1978.

²⁹ A.H.N. Estado, I. 4, A-116 a 130.

³⁰ A.H.N. Estado, I.17-4, n.º 36.

De Calatayud a Sigüenza, donde el 30 recibió Castaños la orden de entregar el mando a Cartaojal hasta que el marqués de la Romana tomara el mando junto con el de la izquierda. De Sigüenza a Guadalajara, donde se presentó el duque del Infantado, comisionado por la Central para dirigir al ejército del centro hacia la defensa de Madrid, a la que se pretendía arrastrar a los ingleses de Moore. El 4 de diciembre, en Huete, asumió el mando Infantado por acuerdo de todos los generales, pero ese mismo día, en Orusco, llegó la noticia de la capitulación de Madrid. Ocupado Aranjuez por los franceses, se decidió marchar a Cuenca, a donde llegaron los restos del ejército reducidos a 9.000 infantes y 2.000 jinetes. Deducidas las 6.000 bajas en combate, 10.000 se habían esfumado por el camino. A esas tropas le había pasado revista Infantado el 4 de diciembre en Guadalajara³¹: *«Unos descalzos, otros casi desnudos y todos desfigurados, pálidos por el hambre más canina. Pocos Regimientos se presentaron bien ordenados; Batallones había compuestos de fracciones de varios Regimientos; la fuerza del más numeroso apenas llegaba a 600 hombres y algunos sólo se componían de 100 plazas»*.

Castaños marchó a Sevilla y por el camino fue tratado como traidor y atacado al atravesar los pueblos de su tránsito³². No entró en Sevilla, donde debía incorporarse a la Junta Militar. La Junta le recluyó en el convento de San Jerónimo de Santi Ponce y de allí pasó a Algeciras donde fue procesado por el Consejo Supremo de la Guerra como consecuencia de la derrota sufrida.

Mientras se producía la retirada hacia Sigüenza, en Madrid se formaba apresuradamente otro ejército del centro para su defensa inmediata. Eran unos 20.000 hombres, compuesto por las unidades del ejército de Andalucía que habían quedado atrás, los que pudieron recogerse del de Extremadura y alguna otra unidad. Se designó a Eguía para mandarlo, pero compartiendo ese mando con Morla y el marqués de Castelar. Esos hombres se estiraron en el vano intento de cubrir todos los accesos de Madrid entre los puertos de Guadarrama, la Fuenfría, Navacerrada y Somosierra. En el último punto desplegaron de 12 a 13.000 hombres; 3.000 se enviaron a Segovia y el resto quedaron en Madrid para su defensa.

Napoleón arrolló las defensas de Somosierra y Madrid capituló.

En Zaragoza se encerraron 32.000 hombres en una decisión desastrosa de Palafox. Por otro lado, en Cataluña, Vives se encontraba en noviembre al

³¹ Manifiesto de las Operaciones del Ejército del Centro desde el 3 de diciembre hasta el 17 de febrero, *Colección del Fraile*, tomo 113, p. 17.

³² A.H.N. Estado, I. 45-284.

frente de cerca de 30.000 hombres, pero fracasó una y otra vez en sus intentos de recuperar Barcelona, mientras los franceses ocupaban Rosas y Saint Cyr derrotaba a los españoles en Cardedeu. El 23 de diciembre, la junta del Principado pidió a la Central la sustitución de Vives por Reding, por haber caído el primero en descrédito ante su ejército y su pueblo. Resulta curioso y más aún alarmante que propusiera al destituido para pasar a la Junta Militar que teóricamente mandaba sobre todos³³.

La Razón de las Derrotas

Hay tres testimonios de la época que quiero recoger. Primero el del general Girón, sobrino, amigo y ayudante de Castaños³⁴. Dice: «No puedo pasar en silencio que la fuerza real y verdadera del Ejército del Centro que fue superado en Tudela no pasaba de 26.000 hombres, y el enemigo pasaba de 30.000 infantes, 5.000 caballos y 60 piezas, mandados por los Mariscales Lannes y Moncey, sin contar los 20.000 del Mariscal Ney que después de ganar la acción de Gamonal sobre el Ejército de Extremadura, se dirigían por el Burgo de Osma y Agreda a cortar la retirada del Ejército del Centro. Con tan desiguales fuerzas, con tanta desventaja en la calidad de los Jefes superiores, en el hábito de la guerra, en todo, hubo de combatirse en Tudela a viejos soldados que obedecían a los primeros Lugartenientes del Emperador; con reclutas que, por la mayor parte, no habían visto la guerra, mandados por Generales que no obedecían al que les mandaba, y no eran por sí capaces de mandar nada. Sólo la ignorancia puede prometerse triunfos con tales elementos de derrota, y la estúpida malignidad, tan sólo es capaz de hacer cargo a un General en Jefe de no haber vencido en tan desventajosas circunstancias».

El informe de Jovellanos a la Junta Central es del 5 de abril de 1809³⁵, cuando a los desastres anteriores han sucedido ya otros. Comienza señalando la necesidad de oír opiniones de otros, no encerrarse en la consulta solitaria de los miembros de esa misma Junta Central, para pasar seguidamente a una crítica feroz de las cabezas de los ejércitos para descender hasta los últimos oficiales «*infieles, cobardes, inexpertos o perezosos sean o castigados, o retirados o empleados fuera de acción y sean sustituidos en su lugar*

³³ BOFARULL Y DE BROCA, A.: *Historia Crítica de la Guerra de Independencia en Cataluña*, Barcelona, 1886, p. 254.

³⁴ GIRÓN, P. A.: *Recuerdos*, Pamplona, 1978, p. 57.

³⁵ A.H.N. Estado, l. 1, l. 1.

los inferiores en grado y los sargentos y cabos que más se hayan distinguido por su valor y su conducta. Al lado de los castigos vaya el premio adelantado a los leales, bizarros e instruidos y llevándoles rápidamente a los mayores grados». Después continúa: «Hay un gran abuso en el empleo de nuestras fuerzas. Sólo buscamos el número y no es el número sino la destreza y el valor quien vence. Clamamos por fusiles para armar hombres y no tratamos de instruir hombres para manejar fusiles. Millares de alistados hay por todas partes sin que haya un depósito de instrucción para ellos; como si fuera necesario que tuvieran un arma para enseñarles tanto como tienen que saber además de su manejo... ya que no tenemos un Ejército de Reserva, como debemos tener porque sin él nunca viviremos seguros, tengamos al menos un Ejército de Instrucción que pueda ser un día de Reserva». Por último señala la necesidad de la unidad de mando en los ejércitos, porque la experiencia de las batallas de Tudela, Yébenes y Medellín le han desengañado de la posibilidad de que los generales obren de común acuerdo.

La tercera son las razones esgrimidas por Castaños cuando el 5 de julio de 1809, en Algeciras, le interrogó el marqués de la Cañada-Terry, mariscal de campo del Consejo Supremo de Guerra, sobre las razones de la derrota de Tudela, dentro del sumario que él mismo incoaba. En una larga exposición de 48 páginas³⁶, Castaños se refiere a tres aspectos fundamentales: «Formados estos (los Ejércitos) repentinamente, no acostumbrados a las fatigas de la guerra, con muchos Cuerpos de nueva creación, escasos de Jefes y Oficiales veteranos, sin socorros, mal mantenidos y generalmente faltos de inmediato de todas clases»... «sobre todo la separación de los tres Ejércitos de la Izquierda, del Centro de la Derecha, mandados por Generales de igual autoridad, cada uno en el suyo, faltando una cabeza que dirigiese las operaciones de los tres a un mismo objeto y bajo un mismo sistema de guerra» «...a proporción que crecía el número y actividades del enemigo, faltó la nuestra, para haber adelantado e incorporado en el Ejército del Centro con la celeridad que convenía las dos Divisiones Primera y Tercera de Andalucía paralizadas en Madrid, el Ejército de Extremadura y el auxiliar de los ingleses».

En cuanto a la inexistencia de un general en jefe, que ejerciera el mando superior sobre todos los ejércitos españoles reunidos al sur del Ebro, el 2 de octubre de 1808, desde Madrid, informaba lord Bentink a Castlereagh en los siguientes términos³⁷: «El Gobierno español ha llegado a la extraña resolución de designar mandos separados e independientes unos de otros; Vd.

³⁶ Colección del Fraile, tomo 36, p. 178 y ss.

³⁷ Letters from Portugal and Spain. Adam Neal., London 1809, Appendix XX. p. 59.

observará, comparando los efectivos de estas divisiones con las del Ejército francés, que cada una de ellas es inferior a las fuerzas francesas concentradas a su frente y que, en consecuencia, es totalmente necesario colocar en una sola persona la posibilidad de unir y combinar esos cuerpos, de acuerdo con los movimientos del enemigo, como factor indispensable para la salvación del conjunto. Yo veo el peligro tan claro, del cual el general Castaños es también consciente, que considero mi deber presentar esta opinión al conde de Floridablanca».

La Frustración

Estoy perplejo. El examen objetivo de los datos reseñados hasta ahora me lleva a la conclusión de que la guerra está perdida sin remedio. Han desaparecido los ejércitos, se han diluido, dispersados. La dirección de la guerra desde la Junta Central ha sido disparatada, más encaminada a impedir un caudillaje —por otro lado inexistente— que a asegurar un mando racional de los ejércitos. Los víveres, los uniformes, el calzado, los hospitales y el dinero han sido inexistentes o insuficientes. Los generales se han mostrado incapaces, inmersos en el planeamiento de maniobras imposibles, enredados en rivalidades y celos los unos de los otros y desconocedores de su propia debilidad. Los jefes y oficiales, muchos de ellos improvisados, no han mantenido la disciplina de sus hombres en el campo de batalla, ni les han instruido. Hay más dispersos o desertores que muertos o heridos en combate. Napoleón ha entrado en Madrid y los ingleses de Moore se retiran a La Coruña.

Tampoco son fiables los datos sobre el número de nuestros soldados, porque la Junta Militar informaba al secretario de estado de la Guerra el 7 de noviembre³⁸ que desconoce el número de los alistados anteriormente, por lo que para aumentar en 100.000 hombres a los ejércitos de entonces se ha de proceder a un nuevo reparto. Todo ello unido a feroces órdenes para el castigo de los numerosos desertores, con el propósito de alcanzar ahora los 350.000, 50.000 menos de los que se planteó inicialmente la Junta Suprema.

Pero el problema no es lo que pienso yo ahora, sino lo que pensaban los españoles entonces, cuales fueron sus razones para continuar una lucha que yo hoy veo sin esperanza; cuales fueron los datos impalpables que ni se pueden medir ni contar que influyeron en sus decisiones de entonces. Dejemos

³⁸ A.H.N. Estado, l. 46, A-2.

los ejércitos, los hombres y las armas. Decía Clausewitz que en la guerra no pueden ser excluidas las magnitudes mentales y morales; o como decía Bauffe la guerra es básicamente una lucha de voluntades.

Se quería seguir peleando, se creía que se podía seguir haciéndolo; como fuera, soñando con la formación de ejército tras ejército que siguen diluyéndose como azúcar en el agua. ¿Nos sostenía el orgullo?

La tenacidad (el heroísmo de unos y la tenacidad de todos, habría que matizar). El barón de Marbot compara en sus *Memorias* al Ejército español con una bandada de perdices sorprendida por un cazador: al primer disparo la bandada se dispersa, pero vuelve a reunirse un centenar de pasos más allá y hay que volver a empezar, porque entre los fugitivos había siempre quien quería seguir luchando en otro lugar o de otro modo. La caótica tenacidad fue nuestra principal arma. Otros ejércitos europeos, mejor mandados, instruidos y armados, abandonaban la lucha tras la primera derrota. Los nuestros seguían, jamás perdieron la voluntad de vencer aunque no puedo ni imaginar en que se basaban para ello. La tenacidad creó la malla que inmovilizó a nuestro formidable enemigo, el mejor Ejército de Europa en aquellos tiempos.

Cuando ahora leo los informes de situación, lo que se dice en las sesiones de la Junta Central, sus «*Manifiestos a los Pueblos de España y a la Europa*»³⁹ los planes de movilización o de adquisición de armas, me parece que sueñan, que no saben de lo que hablan, que sus esperanzas no tienen ninguna base firme. Pero jamás piensan que la guerra está perdida, mientras siempre se espera que todo pueda arreglarse.

Cuando digo Ejército debe entenderse la mayoría de los españoles, porque quien no quiere combatir en orden cerrado haciendo fuego por descargas a la voz de mando, se lanza al monte a seguir luchando de otra forma.

Estoy perplejo. Creo que yo estoy mucho más frustrado que los españoles de entonces. Aunque no lo entienda, aunque se siguiera haciéndolo tan mal, se siguió siempre combatiendo.

³⁹ *Colección del Fraile*, vol. 16, n.º 25 y 26.